



TAKO - SOLO ROCK AND ROLL

TAKO

—

SOLO ROCK AND ROLL

Yolanda López Saiz



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: mayo 2026

Depósito legal: SE 2042-2026

ISBN: 979-13-7060-086-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Yolanda López Saiz

© Francisco Lajusticia Bueno (fotógrafo)

© Santi de Fluge (diseñador)

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, ecológico.

Antes de que la música tuviera nombre,
antes de saber que una canción podía salvarte o dejarte herido,
hubo un latido,
un latido seco, cabezota, terco, nacido en Ejea de los Caballeros.
Entre el cierzo y las largas noches heladas.
Un pulso no pidió permiso,
golpeó desde dentro cuando no quedaba nada más. Yo no llegué a
Tako por moda, llegué por la necesidad de hacer justicia.
Porque este corazón lleva latiendo 40 años.
No buscando fama.
Buscando aire.
Buscando seguir vivos a base de *rock and roll*.
Así empezó la vida de nuestros Tako.

INTRODUCCIÓN

Toda gran historia tiene su origen, y el camino de esta banda comenzó mucho antes de que su nombre resonara en escenarios y listas de éxitos.

Antes de ser un grupo musical, sus integrantes eran jóvenes con sueños, influencias y un deseo ardiente de hacer música.

Cada uno de los miembros de Tako ha tenido su propio viaje personal, moldeado por su entorno, su familia y su relación con la música.

Algunos crecieron donde la música era constante, otros encontraron su pasión de manera autodidacta, aprendiendo a tocar la guitarra en habitaciones abarrotadas de pósteres de sus héroes musicales.

Más allá de sus diferencias, todos compartían algo en común: una pasión inquebrantable por la música, y el sueño de llevarla más allá de los ensayos en el garaje de casa.

Fueron sus primeras bandas de instituto, sus conciertos en pequeños bares, su insistencia en perfeccionar el sonido lo que los preparó para el destino que les esperaba.

Este libro nace con el deseo de contar la historia de un grupo icónico de Aragón, Tako, será un viaje inolvidable, pasando por la niñez de cada uno de ellos, exploraremos sus primeros pasos, las historias individuales que llevaron a encontrarse y los momentos claves que marcaron el inicio de su carrera, todo esto pasando por las dificultades que este grupo ha tenido que superar.

Porque antes de convertirse en un grupo de culto, fueron simplemente jóvenes con un sueño, una guitarra, unas baquetas, un teclado o simplemente un papel y un bolígrafo en sus manos.

Este libro no es solo para los fans de la banda, sino también para cualquier amante de la música que quiera conocer el proceso de construcción de una banda, mejor dicho, de la leyenda de Tako.

Acompáñanos en este recorrido por la historia, la pasión y la magia de una de las bandas más influyentes de su tiempo.

YOLANDA LÓPEZ SAIZ (escritora)

TODO ES TAN DIFÍCIL

Cierro los ojos y mis pensamientos vuelan hacia esa sala donde se puede percibir ese olor característico de una gran noche de *rock and roll*. La cerveza se derrama por el suelo pegajoso y se crea esa electricidad invisible de que algo extraordinario está a punto de suceder. Entre contras de luz puedo visualizar la silueta del que será un referente en mi adolescencia y esa primera estrofa me hace sentir que algo está cambiando para siempre.

Un alma más, con un corazón latiendo acelerado con la sensación de estar siendo absorbido por un ciclón de emociones que me lleva a compartir cada una de las letras que acompañan ese sonido capaz de llenar mi alma adolescente.

Mi mirada, mezcla de admiración y entusiasmo, observa a unos desconocidos capaces de decir en voz alta todo aquello que no puedo expresar. Los gritos del público se entrelazan con mi silencio y mi necesidad de guardar ese momento por temor que al parpadear todo sea un sueño.

Durante mucho tiempo mi lugar fue ese: la sombra al fondo, el rostro repetido en distintos conciertos, el que siempre estaba, pero nunca estorbaba. Con el paso del tiempo, aprendí a percibir desde lejos: sus silencios antes de salir al escenario, las miradas cómplices cuando algo salía mal, la forma en que la música los sostenía incluso cuando todo lo demás parecía desmoronarse.

Sin darme cuenta, dejaron de ser solo un grupo al que admiraba; me vi envuelto en una historia en la que no tenía muy claro qué papel me iba a tocar desempeñar.

Un correo electrónico con el fin de acercarlos a mi humilde pueblo Litago, dio pie a que se produjesen circunstancias que terminarían en un ofrecimiento que cambiaría el rumbo de mi vida.

Pasaron de ser esos héroes inalcanzables para mostrarse como personas con sus dudas, miedos acompañados de una fe casi obstinada en lo que hacían.

La confianza se construyó en madrugadas interminables, en promesas cumplidas y en errores compartidos. Aprendí a escuchar cuando no había nada que decir y a hablar cuando el silencio era una losa demasiado pesada. Ellos aprendieron a apoyarse en mí, y yo aprendí que cuidar un sueño ajeno puede ser tan vertiginoso como perseguir el propio. Llegó el punto en que mi admiración se convirtió en un compromiso firme y mi pasión en dedicación.

Convertirme en su mánager no fue una meta, fue una consecuencia. Nunca he dejado de ser aquel seguidor que los miró por primera vez con los ojos llenos de asombro; simplemente he asumido la responsabilidad de proteger aquello que una vez me hizo sentir que estaba viviendo un sueño.

Ahora soy quien negocia, quien organiza, quien pone los pies en la tierra cuando hace falta, pero también quien recuerda por qué todo esto empezó.

Cuando todo está preparado y la magia va a desatarse, veo los ojos de los seguidores que los esperan con la misma pasión y admiración con lo que lo hacía y no nos engañemos... lo sigo haciendo yo.

Este libro no es solo la historia de un grupo musical. Es la historia de cómo los sueños se cruzan, se entrelazan y crecen cuando alguien se atreve a creer en ellos sin reservas.

Tal vez por eso vale tanto la pena contarlo y seguir soñando... Ayer, hoy, por siempre.

Carlos Martínez Miguel (mánager de TAKO)

Parte 1ª.
Los orígenes

Capítulo 1.

El despertar musical

Cuando somos niños, sin darnos apenas cuenta, hay un momento en nuestra vida de que tenemos un despertar por algo, un ali-ciente, ya sea la escritura, o en este caso que nos toca, la música.

En esta primera sección analizaremos el despertar musical de cada uno de los componentes de Tako.

Bueno chicos es hora de que le deis caña a vuestro cerebro, y empecéis a recordar. Estas preguntas van para todos.

¿A qué edad comenzasteis a interesaros por la música?

MARIANO

No soy muy consciente de eso, porque siendo muy niño, «ten-dría la edad de cinco-siete años», siempre recuerdo que mi madre tenía una radio, y mientras hacía las tareas del hogar, ella iba ta-rareando todas las canciones, estamos hablando de finales de los años sesenta, primeros setenta, en esa época se estilaba la canción ligera, Karina, Fórmula V, etcétera.

Todo ese estilo que sonaba en la radio, recuerdo mi vida muy musical, no la percibo como algo que vino a mi vida después, sino que desde muy pequeño empecé a escuchar la música, pero claro desde la radio, entonces no existía «por lo menos nosotros no teníamos» radiocasete ni nada, a esa edad veía a mi madre can-

tar y yo con ella, también imitaba lo que hacía, pues iba cantando y tarareando por los pasillos lo que sonaba.

Desde temprana edad he percibido la melodía, el ritmo y la armonía, experimenté la música a través de varios sentidos, esa experiencia generó en mí una sensación de bienestar, procesaba y sentía la música de otra manera.

NACHO

La edad en la que comencé a interesarme por la música tenía diez años.

Con instrumentos empecé con siete años, y no fue por pasión ni por nada, ni por ostias que va, fue porque mis padres me apuntaron a piano y a solfeo. Así que te gusté o no, esto es lo que hay. Ese fue el primer instrumento que empecé a tocar y el único que toco, ¡claro!

Me apuntaron al conservatorio y lo típico, las clases eran rígidas, feas, pero bueno, llegué hasta cuarto de piano, los cinco cursos de solfeo, los dos de coral y lo dejé en armonía.

Con catorce años me fui, me quedaban cuatro años para sacarme la carrera y como un imbécil dejé de estudiar, cosa de la cual me arrepentiré toda mi vida. Y no, no puedo retomar la carrera ahora, porque esto no es como andar en bicicleta. Al pasar años sin practicar, pierdes bastante.

¿Y divertida? No era para mí nada divertida, porque no me gustaba el piano, tal y como era entonces el método didáctico, que era rígido y demasiado clásico como para llamar mi atención.

FLOPO

No recuerdo a qué edad empecé a interesarme por la música, pero fue temprano, mi hermana empezó muy pequeña a tocar el acordeón y recuerdo oírla ensayar sin parar. Cuando iba al colegio empezaron a dar lecciones de guitarra después de las clases, mis

padres compraron una y allí que fui, aunque creo que no estuve más de dos o tres días.

CHUS

En mi caso, fue gracias a la música que escuchaba mi hermano. Al principio de los noventa había un montón de discos en mi casa y recuerdo que me interesé por la batería rápidamente, intentaba seguir el ritmo de esas canciones con un par de baquetas que me habían regalado mis padres.

RAÚL

No sabría decir una edad concreta. En mi casa siempre hubo afición a la música, aunque nadie se dedicase a ello. Tengo recuerdos asociados a canciones desde que tengo memoria.







Capítulo 2. Los primeros latidos emocionales de la música

Este libro no empieza con un grupo, empieza con unos niños, con algo que cierto día les hace emocionarse, un mero instante vale para que algo invisible se acomode en el corazón y cerebro, y ya no se les irá jamás de sus vidas.

Porque antes de esas canciones que todos sabemos y en sus conciertos cantamos a todo pulmón, antes de esas letras, existió ese momento exacto en el que la música los eligió.

Y desde entonces, todo latió diferente.

Antes de que fuerais Tako, ¿qué os hizo sentir la música de niños?

¿Recordáis algún momento o experiencia por el cual despertó vuestra pasión?

MARIANO

Tengo dos momentos especiales, los recuerdo muy bien, cierro los ojos y los vivo como la primera vez.

Uno de ellos fue cuando mis padres compraron un radiocasete pequeño, esos que eran tumbados, aún guardo en mi memoria el olor a la electrónica, yo tendría sobre unos ocho o nueve años, me acuerdo de que trajo mi hermano una cinta de radiocasete de Camilo Sesto *Jesucristo Superstar* y alguna más de «versiones» de mercadillo, había grupos que hacían versiones y los vendían como si fueran los propios grupos.

Recuerdo que era como magia, sonaba perfecto para mí, poder darle para adelante o para atrás, era como una revelación, en ese momento sí que fue un punto de inflexión, un antes y un después en mi vida, porque todo lo había escuchado por la radio, pero ahora ya podía poner lo que yo quería y las veces que yo quisiera, eso para mí me resultaba alucinante, ese momento fue crucial ya que podía ponerme allí al lado con el radiocasete casi pegado a mis orejas, escuchando con mucho más volumen, mucho más nítido, era otra cosa diferente.

Eso me marcó mucho, el poder poner la música y repetirla un montón de veces, así podía empaparme de todos los detalles y oírlo bien, ese momento de mi vida fue un punto de inflexión musicalmente.

Otro de los momentos muy importantes en mi vida, fue cuando mi hermano tuvo un conato, el comienzo de una banda con unos amigos. Yo iba furtivamente a verlos ensayar, me ponía en una ventana que había y por unas rendijas los veía. Una vez fui con él porque tenía que recoger algo y vi todos los instrumentos, ¡vi todo! Estaban ensayando un poco y de repente dije:

—Esto es lo que yo quiero, aquí me quedaría para siempre.

Ese punto de inflexión también fue el más importante, el poder tocar una guitarra eléctrica con la mano, ver la banda, ver los amplis, ver como todo sonaba, en definitiva, ver a un grupo ensayando en directo no lo había visto nunca, ni siquiera en las orquestas del pueblo, ya que no iba, no les prestaba atención, era muy pequeño.

Lo primero que vi de una banda, de instrumentos o de un grupo tocando aparte de la televisión en directo, fue aquel local de ensayo, y aquellos cuatro tíos tocando, eso sí que me flasheó total y me dije:

—¡Tengo que saber hacer algo de esto!

Porque yo con mi hermano cantaba algunas veces en casa, pero era todo como muy acústico, con guitarras acústicas etc., pero aquello tenía potencia, era otra cosa.

Después de lo del radiocasete, este fue el segundo punto elevado a tener esa sensación de ver algo mágico.

FLOPO

Eso fue mucho antes, en Ejea había una orquesta que se llamaba «Los Culebrones», siendo un niño mi padre me llevó a un ensayo de esa orquesta y al día siguiente ya tenía una batería hecha con latas de pintura.

CHUS

Posiblemente lo que hizo que empezara a interesarme por la música y en empezar a tocar un instrumento fue el momento en que mi hermano compró el «Black Álbum» de Metallica. No podía creer que una banda pudiera sonar así, era algo insólito.

RAÚL

Más que un momento, recuerdo escuchar flamenco con mi padre, copla con madre, música más actual con mis hermanas, ese tipo de cosas.

Capítulo 3. Las primeras notas y las risas inevitables de la infancia.

Nuestros chicos desde pequeños ya tenían el gusanillo de la música.

¿Cuáles fueron vuestras primeras canciones aprendidas y las anécdotas divertidas de los inicios con instrumentos?

¿Cuál fue el primer instrumento que aprendisteis a tocar y por qué elegisteis ese?

MARIANO

Aprendí a tocar la guitarra española, en un principio tampoco tenía mucha intención de tocarla de forma virtuosa como tal, o de hacer punteos, ni buscando grandes técnicas. Lo que realmente quería era acompañarme para cantar, porque a mí me gustaba cantar. Cantaba solo, sin ningún instrumento que me acompañase, salvo cuando cantaba con el radiocasete, ¡claro! Por eso decidí aprender a tocar la guitarra.

Me apuntaron mis padres con un señor que había en el pueblo, se llamaba Peralta, era un delineante, en sus tiempos libres también daba clases a chavales y después hacía una especie de rondalla, iban a rondar por ahí por el pueblo.

Me apuntaron con él para que aprendiese a tocar la guitarra y allí fue donde empecé a tener contacto con el instrumento, era una guitarra española muy sencilla, muy normal, y enseguida aprendí un poco los acordes, pero sobre todo para poder utili-

zarlos, para acompañarme a cantar, o sea, fue aprender a tocar la guitarra para yo cantar, no la aprendí para poder tocar virtuoso, sino para poder acompañarme a la voz.

Aprendí relativamente rápido, y el señor Peralta después de un tiempo (decir que yo me iba más el intentar sacar riffs de los Stones o de otras bandas de entonces) pues el hombre era muy clásico y me riñó un poco, me dijo:

—Aquí no estamos para perder el tiempo con estas cosas.

Sus gustos musicales eran muy diferentes a los míos, y después de aprender un poco los acordes básicos ya dejé de ir a clases, ya lo demás lo hice de forma autodidacta por mi cuenta.

Elegí la guitarra porque necesitaba un instrumento que me acompañase y que sonase contundente, quiero decir, que no fuese un instrumento de viento, la guitarra me daba el acorde relleno repitiendo notas, y sonoramente me acompañaba muy bien.

FLOPO

Comencé a recibir clases con Jesús Peralta, era un gran maestro, capaz de enseñar a cualquier persona a tocar la guitarra, recuerdo aprender a tocar un villancico en menos de una semana.

CHUS

La batería fue mi primera opción desde siempre, estuve muchos años tocando con esas baquetas hasta que mis padres decidieron regalarme una batería, estaba obsesionado con el batería de Metallica y el sonido que tenía el disco mencionado.

RAÚL

Supongo que, como todos, la flauta en el cole, que me gustaba mucho. Luego empecé o más bien empezamos mi hermano y yo a trastear con una guitarra española de mis hermanas.

Capítulo 4. Aprendizajes y padrinos

Como (por desgracia) pasa mucho en esta vida, si no tienes padrinos no te comes ni una rosca.

¿Vosotros tuvisteis alguna ayuda por parte de alguien para dar los primeros pasos?

MARIANO

El señor Jesús Peralta nos enseñó un poco de las nociones, los acordes e incluso me llevó a una tienda para comprarme mi primera guitarra.

Para eso estuve trabajando un verano de albañil. Tenía entre trece y catorce años más o menos, ese verano trabajé para poder comprarme mi primera guitarra eléctrica, era mi sueño y Peralta fue el que me acompañó a una tienda de Zaragoza.

Fuimos en el autobús una mañana de un sábado, lo recuerdo perfectamente, compramos —que yo entonces no tenía ni idea— pero después ya lo he visto, una copia de una réplica de una Gibson Les Paul negra me pareció lo más bonito del mundo, desgraciadamente no la conservo.

La compré sin estuche ni nada, pero, cuando vine a casa es que parecía como si hubiese comprado un Ferrari o la casa de mis sueños, yo la miraba y decía: «¿Cómo puede ser algo tan bello?»

A partir de ese momento, empecé a tocar despacito, sin enchufar, esa fue la ayuda que tuve, sobre todo gracias al señor Jesús Peralta, yo creo que como a mí, pues enseñó a mucha gente a dar los primeros pasos.

FLOPO

La ayuda de mi hermana, ella es profe de música y siempre me ha apoyado.

CHUS

Mis padres me apoyaron desde siempre, pensaron que se trataba de algo pasajero, aunque yo creo que todavía están esperando a ver si se me pasa la fiebre de una vez.

RAÚL

A esa edad bastante que nos dejaban hacer, demasiado ruido aguantaban.

¿Cómo fue ese primer comienzo de aprendizaje con el instrumento, hubo clases particulares o fue autodidacta?

MARIANO

Fue totalmente autodidacta, enseguida intenté juntarme con gente para poder cantar y tocar las canciones que a mí me gustaban y se me quedaban, la melodía pop *rock* de aquella época e incluso, por supuesto, anteriores de los sesenta.

En las semanas posteriores intenté buscar a compañeros de clase, como, por ejemplo, Pablo Naudin, algunos más también se apuntaron, venían y tocaban la guitarra española.

FLOPO

Mi primer instrumento fue la guitarra, aunque la dejé cuando me apunté a la Banda Municipal. Allí empecé a tocar el clarinete, tampoco tengo claro por qué, la primera opción era el saxofón, pero el clarinete me acabó gustando mucho. Tengo muy buenos recuerdos de aquellos ensayos con la Banda, se aprende mucho tocando en grupo, es muy parecido a tocar con un grupo de *rock*.

CHUS

Recuerdo que estuve un mes por mi cuenta hasta que contacté con Ito Luna, un profesor y amigo de la zona de Santander. Allí conocí a un gran profesor y un buen amigo que me contagió las ganas de estudiar con la batería.

RAÚL

En principio autodidacta, sacando canciones de oído, etcétera. Luego tuve un profesor, Andrés Cagigas, gran tipo. Más tarde estudié en la Escuela de Música Moderna de Santander con Quiu Herrero, musicalmente un padre para mí y un gran amigo.

Capítulo 5. El germen de Tako.

FORMACIÓN DEL GRUPO. MIEMBROS FUNDADORES. ORIGEN DEL NOMBRE. LOCAL. PRIMERA MAQUETA Y DISCO «AMPLIADO CON NACHO MIANA»

Una mañana a mediados de septiembre del 2025, mientras ordenaba los papeles de las preguntas que les estaba haciendo a Nacho y a Mariano. Esa tarde, pude localizar y contactar con el cuarto Tako, Nacho Miana, uno de los miembros fundadores del grupo, guitarra solista en los años ochenta.

Nacho tiene muy buena memoria, estuvimos varias semanas grabando la entrevista. Como yo vivo en Zaragoza y él en Ejea, lo que le propuse fue que yo le enviaría a través de WhatsApp las preguntas, y él me las contestaría en forma de audios.

Ha sido un verdadero placer conocer a una persona tan maravillosa.

Con sus audios me trasladé por un instante a su pueblo natal, Ejea de los Caballeros, en esos días en que todo era ilusión y, sobre todo, había muchas ganas de tocar y escuchar *rock and roll*.

—Buenos días, Nacho. ¿Preparado para hacer un viaje en el tiempo aquí y ahora?

—¡Por supuesto que sí!

—Te voy a enviar un PDF con algunas preguntas, tú luego las contestas en el orden que quieras, y si te acuerdas de algún detalle y/o anécdota que te apetezca contarme, ¡perfecto!

En los siguientes días ya tenía bastantes audios de Nacho. Me preparé un buen café y, como si estuviéramos sentados los dos en el viejo local de La Llana tomándonos algo, empecé a escucharle.

¿Cómo llegaste a formar parte del grupo?

La historia es sencilla. Mariano tocaba con Pedro Segura y con Fernando Ros.

Tenían una especie de grupo y les faltaba un guitarrista. Me llamaron a mí. Pero entonces ese grupo no era un TAKO. Era un grupillo que se habían montado ellos, dedicado a hacer versiones de todos los grupos que conocían un poco.

Los primeros TAKO fuimos: Pedro Segura a la batería, Fernando Ros al bajo, Mariano Gil a la guitarra rítmica y voz, y yo entré como guitarra. No hubo nadie más. Ni por detrás ni por delante.

Una vez consolidado el grupo con Fernando, Mariano, Pedro y yo, vino el tema de los instrumentos. Teníamos las guitarras, pero amplificadores pequeños, no teníamos micros para cantar ni local de ensayo.

Hablamos con el ayuntamiento y logramos hacernos con un local pequeño en los antiguos talleres del instituto (ahora el teatro de la Villa). Allí también ensayaba otra orquesta, Los Culebrones.

Entre unos y otros nos hicimos con un sitio.

Nos faltaban amplificadores y, mirando revistas, vimos una casa de equipos de segunda mano en Zaragoza, Bui Musical. Bajamos un día y hablamos con el dueño, un hombre mayor, muy majo, y nos arreglamos.

Una vez con los materiales en el local, empezamos a hacer repertorio, versiones de otros grupos, con mucha ilusión. Uno venía y decía: «¡Oye! ¿Esta canción?», y la preparábamos. Entre

trozo y trozo, íbamos haciendo alguna creación nuestra e íbamos montando alguna canción, todo esto con mucha ilusión.

Por supuesto, ya sabes, garito pequeño, mucho ruido y muchas ganas. Volumen alto, y así empezamos un poco a preparar lo que iba a ser la primera maqueta, que se llamaría *Me la acabo de inventar*.

Tuvimos que preparar nosotros mismos los cajones para llevar los aparatos, las luces, que nos las hizo Fernando Rey, que era técnico de televisiones.

Un juego de luces, que cuando sonaba la música se movían las luces.

Luego nos tuvimos que hacer una tarima, una tarima que nos hicimos también para poder colocar la batería un poco en alto.

Estas cosas, el cartel de atrás, que lo diseñó e hizo Mariano sobre una tela negra, pues el típico TAKO.

Entonces empezamos a hacer unas canciones e íbamos al mismo local a grabarnos algunas canciones nuestras, aun en cintas, en un magnetofón, porque no teníamos mesa para poder grabar ni nada, y luego ya la compraríamos para las voces y para hacer un poco todo.

Pedro «Polero» era una figura. Cogía las cintas que grabábamos en un magnetofón y, como repartidor de Frigo, las dejaba en bares a clientes jóvenes o amistades, para que nos fueran conociendo. Cristóbal Gil, repartidor de Yoplait, hacía lo mismo.

Eran nuestros «*rock managers*» improvisados. Repartían carteles, hablaban con salas...

Así que crecimos rápido. Ese mismo año hablamos con la concejala de Cultura y propusimos conciertos en Ejea y pueblos de alrededor.

Esto en cuanto a la primera maqueta, ya empezamos a cobrar algo más de pasta, a cambiar de instrumentos, a ir creciendo poco a poco.

Pedro se presentó un día en el local de ensayo con una revista. En la revista venía un anuncio, era un estudio de grabación en Zaragoza.

Bueno, entonces, como ya teníamos ganas de hacer una cosa en condiciones, dijimos: pues llama y queda con él.

Teníamos las diez canciones preparadas, pero nos faltaban cuatro. Creo que eran cuatro letras de cuatro canciones, pero en el mismo tren, Mariano con la guitarra empezó a tocar y a escribir las letras de las canciones. Conforme íbamos viendo el paisaje, íbamos viajando, se nos iban ocurriendo cosas y las íbamos anotando.

Llegamos al estudio y nosotros pensando que tenían batería, que tenía todo preparado. Al llegar y ver el estudio que no había batería, se nos cayó el alma a los pies, y claro, nosotros íbamos con las guitarras, no había ni amplificadores.

Fue esto como diciendo: «Bah, ya se ha jodido todo, ya se ha fastidiado todo», pero no, el muchacho que estaba, el dueño y el técnico, el que llevaba el estudio, dijeron: «Venga, que voy a llamar a unos amigos y voy a organizar todo».

Nos fuimos a desayunar y ya al rato volvimos. A la hora, por ahí, ya teníamos la batería.

Fue todo muy rápido, yo creo que fueron tres horas para grabar las diez canciones.

Pues todo estaba muy bien medido y no hubo ninguna cosa rara.

Hicimos las mezclas, y nos quedamos allí escuchándolas, casi medio llorando de la alegría.

Después fuimos a comer, e invitamos al chico que estuvo con nosotros, compartimos ese momento con calma, aún asimilando la gran experiencia vivida.

Por la tarde entre las 19:00h y las 20:00 h, cogimos el tren de regreso a Zaragoza.

Una vez en Ejea con la cinta y la mala noticia, el bajista que teníamos «Fernando», pues decidió abandonar el grupo.

Lo cual nos crea algún problema, pues teníamos otras actuaciones, no teníamos bajista, en los años que estábamos no había nadie que tocara el bajo en Ejea.

Entonces teníamos que ir buscando por ahí, no encontrábamos gente.

Buscamos, aunque fuera un guitarrista o algo. Y al final, decidí coger el bajo.

Ahora venía el tema de editar la primera maqueta, primero, a buscar por ahí para poder encontrar la discográfica que no sabíamos ni dónde meter mano, porque en Zaragoza no conocíamos a nadie y el único que teníamos un poco de contacto era con un chico que se llama Salvador Mena, que tenía una tienda de discos aquí en Ejea, él conocía un poco las cosas.

Y miraba cosas como «revistas» que le llegaban y entonces miramos una en Madrid, pero en Madrid nos dijeron que nosotros poníamos todo el dinero y que ellos lo único que hacían era repartir por los sitios, sin garantizar nada de ningún tipo, porque era así la cosa. Entonces, miramos en vez de ir a Madrid, que está más lejos, miramos en Pamplona, porque nos salió otra, y esta, pues dijo que sí, que si queríamos nos hacía unas dos mil quinientas copias.

Él vendería unas pocas por ahí, ¡claro! que nosotros pagamos un tanto, no todo, un tanto por ciento ellos y lo otro lo poníamos nosotros, vendimos unas mil quinientas.

Mariano hizo la portada, luego fuimos repartiendo nosotros mismos las cintas por todos los bares que podíamos o que conocíamos.

Una buena baza fueron Pedro y Cristóbal, que como eran repartidores de YOPLAYT y FRIGO, pues tenían rutas hechas, por casi toda la zona, Ágreda, Borja, llegaban a Sos del Rey Católico, muchos sitios, por todo alrededor.